

Texto 1

Educación para civilizar

Fernando Savater

Hace más o menos un año, con motivo de una desafortunada e insolidaria actuación del alcalde de Milán respecto a unos inmigrantes albaneses, Humberto Eco se preguntaba en un artículo qué puede hacerse como respuesta a tales comportamientos incivilizados. Desde luego, decía Eco, es superfluo recordarle al señor alcalde los principios de la dignidad humana y sus derechos, porque si no los conoce ya a sus años es difícil que vaya a aprenderlos de un día para otro. Lo único efectivo a medio y largo plazo es educar a los hijos de ese alcalde y a los de quienes le votaron para que sientan repugnancia racional ante la discriminación. Y también para que comprendan que la ciudadanía verdadera consiste en compartir derechos universales y no en sentirse parte de un pueblo o comunidad privilegiada, cerrada sobre sí misma y recelosa ante los desafortunados.

Este es el objetivo de dos campañas de las que quisiera darles breve noticia. La primera de ellas está promovida por una de las ONG más fiables que existen en la actualidad, Médicos del Mundo, y propone una tarea de sensibilización acerca del lenguaje que utilizamos corrientemente (y sobre todo, que utilizan los medios de comunicación) a propósito de los inmigrantes. Los destinatarios de esta campaña, según la sabia recomendación de Humberto Eco, son los colegiales de ESO y bachillerato.

La xenofobia es una actitud que no se contagia tanto por las ideas (en general, los xenófobos carecen de ellas) como por las palabras. Pensemos, por ejemplo en el uso descalificador que ciertos nacionalistas de nuestro país dan hoy al término “español” o -los más finos y, por tanto, más repugnantes- a su ridícula variante de “españolista”. No califican objetivamente nada, sino que expresan solamente una voluntad de excluir o rechazar a aquellos con quienes deben –subrayemos el deben, porque de ese deben no hay escape- seguir conviviendo. La campaña de Médicos del Mundo se refiere a los usos verbales discriminadores para referirse a los inmigrantes, muchos ya casi oficializados y manejados aun por personas que no se consideran en modo alguno xenófobas. El más característico es el de hablar de “inmigrantes ilegales”, o incluso sencillamente “ilegales”. ¿Cómo puede ser ilegal una persona? El principio básico de dignidad en que se basan los derechos humanos consiste en no juzgar nunca lo que las personas *son*, sino limitarse a valorarlas por lo que *hacen*. Puede ser ilegal o irregular una forma de inmigración, pero nunca la persona que la practica. Se empieza por hablar de gente “ilegal”, se pasa luego a calificar a esos mismos o a otros de “gente de dignidad cero” y se termina apoyando leyes de limpieza étnica o de exterminio higiénico de delincuentes.

La segunda campaña viene promovida por la UNICEF del País Vasco, y su objetivo es explicar a las niñas y niños el contenido de la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada en 1989 y ratificada ya por 191 países, entre ellos afortunadamente el nuestro. Da a conocer a los más jóvenes esos derechos -que enlazan desde su categoría de edad con los derechos humanos básicos- es el primer paso para hacerles entender que hay que respetar los derechos de todos los demás, así como también exigirlos cuando son violados donde fuere y solidarizarse con quienes sufren tales violaciones. Es importante subrayar desde el principio que tales derechos no son algo que se tiene de modo pasivo, sino un instrumento para participar en lo común y para responsabilizarse por lo que afecta a los semejantes. ¡Ojalá que esta iniciativa pedagógica tenga éxito precisamente en el País Vasco, donde tanto se necesita defender lo que nos une al distinto frente a quienes no pretenden más que oponer y disgregar!

(*El País semanal*, 3 de enero de 1999)

Nota: Este texto se realizará en clase los días 21 de octubre y 4 de noviembre (Grupo A) y 28 de octubre y 11 de noviembre (Grupo B)